



# CURIOSA RELACION

*En que se refieren los amores del Capitan Don Cárlos,  
y portentosos lances que sucedieron á su esposa*

## DOÑA JUANA MERINO.

Quien de Cupido se fia,  
 y en él pone su esperanza,  
 vive ciego en este mundo,  
 y como niño le engaña.  
 Por él se ven mil desdichas,  
 fatalidades, desgracias,  
 muertes, ruidos y afrentas,  
 y sus almas arriesgadas  
 á padecer graves penas  
 sepultadas en las llamas.  
 No tengo mas que decir:  
 esta insinuacion ya basta  
 para persuadir al vulgo  
 lo que del amor se saca.  
 En prueba de ello, pretendo,  
 si me dan atencion grata,  
 referir á mi auditorio  
 una maravilla rara  
 en la prodigiosa historia  
 de dos que finos se amaban.  
 Pido su auxilio y amparo  
 á la Trinidad sagrada,  
 Padre, Hijo, y Amor divino,

para que con su eficacia  
 despierte mi entendimiento,  
 y pueda en breves palabras  
 explicar á los que oyen  
 esta prodigiosa hazaña,  
 que en anales no se ha visto,  
 ni en los archivos se halla.  
 Fue el caso, que á una Señora  
 de sangre calificada,  
 natural de Zaragoza,  
 cuyas fértiles campiñas  
 fertiliza el rio Ebro  
 con sus cristalinas aguas,  
 la persiguió la fortuna,  
 que á muchos sigue contraria.  
 Llegó á esta ciudad gozoso  
 un Capitan de gran fama,  
 galan discreto, y tan noble,  
 como lo dice su fama.  
 Con licencia de Felipe,  
 Monarca augusto de España,  
 puso su sitio y bandera  
 en frente de las ventanas

173

de aquella noble señora:  
y un domingo de mañana  
por entre rayos de luces  
vido una rosa temprana,  
retratándose á un espejo,  
que al claro cristal empañá  
la hermosura de sus ojos,  
de su frente y de su cara.  
Tiró Cupido una flecha,  
y él entre mortales ansias  
cortés se quitó el sombrero,  
y hasta el suelo se postraba,  
diciéndole en mudas señas  
lo que no puede en palabras:  
soy muerto, bella señora,  
si tu amor no me rescata  
la vida que me has robado,  
que en mi noble pecho estaba,  
con esas vivas centellas  
que de tus ojos exhalas.  
Correspondióle al instante  
muy discreta y cortesana:  
en fé de ser mi marido  
á todo estoy arriesgada;  
pero por otro camino  
será nula la esperanza.  
Don Carlos viendo su dicha,  
luego aceptó la palabra:  
prosiguieron sus amores  
con villetes y con cartas.  
Al cabo de poco tiempo  
de nuestro Real Monarca  
vino una órden espresa,  
para que á Flandes se vaya.  
Dióle á su prenda noticia  
de lo que le precisaba;  
y entre los dos dispusieron  
salir ella y él llevarla.  
A diez y nueve de Mayo  
puso su gente en campaña,  
mandando á sus Oficiales  
prosiguieran su jornada;  
mas volviendo aquella noche,  
echó al balcon una escala,  
y la dama ya en aviso  
no puso mucha tardanza.  
Vino á este tiempo la ronda,  
que seguia sus pisadas,

le cercan y reconocen,  
y el Señor Virrey le habla,  
que si despachó su gente  
cómo no va en su compañía:  
y era preciso dar cuenta  
si al instante no marchaba;  
y le dió cuatro ministros  
para que le acompañaran,  
y hasta dejarle en su tercio  
que no le desampararan.  
Vamos ahora á la niña,  
se asomó cuando pasaba  
un buen hombre que venia  
con una yegua alazana,  
y juzgando ser Don Carlos,  
con un ceceo le llama,  
diciéndole que parase,  
y en un cofre le arrojaba  
mas de doce mil escudos  
enprendas, joyas y alhajas.  
El creyó ser su fortuna,  
con que al punto de allí marcha;  
bajó veloz á la calle,  
y no hallándole la dama,  
llora, suspira y solloza,  
y asi lastimosa esclama:  
ay desdichada de mí!  
cuánta ha sido mi desgracia,  
que fui la muger mas fácil  
que en todo el mundo se halla.  
Supuesto que estoy perdida,  
yo he de seguir sus pisadas:  
púsose á su rostro un velo,  
y á las puertas se llegaba  
de una viuda conocida,  
y su ropa le entregaba,  
pidiéndole que el vestido  
de su esposo le entregara.  
Vistióse un paño grosero,  
alpargatas y polainas,  
con una montera vieja,  
y salió desesperada,  
diciendo que era soldado:  
llegó á la raya de Francia  
con otros cuatro mancebos;  
pero viendo que les falta  
el sustento necesario,  
luego de buscarlo tratan.

7. 22. 304

Llegaron tarde á una venta,  
donde les dieron posada,  
más aquella misma noche  
mataron al amo de casa,  
y á la ventera dejaron  
en un porte maniatada.  
Robaron cuanto encontraron,  
toman el camino y marchan,  
y á la vista de Leon  
en una quinta descansan,  
y dieron tambien asalto,  
robando el oro y la plata.  
Una noche de San Pedro,  
dentro la corte de Francia,  
robaron tres mercaderes,  
y porque no los buscaran  
los envian por la posta  
á donde la muerte aguarda.  
Se salen para Tolon,  
y á dos peregrinas hallan:  
quisieron burlarse de ellas,  
y ella defendió su causa,  
pues á un compañero suyo  
dió dos fuertes estocadas,  
y á otro de un pistoletazo  
les dejó el cuerpo sin alma;  
yéndose las peregrinas  
rindiéndole muchas gracias.  
Luego trató de embarcarse,  
porque ya se recelaba:  
llegaron las tres á un puerto  
que una nave se aprestaba  
para levante, y en ella  
su viage concertaba.  
En aquella misma noche,  
ella y sus dos camaradas,  
tuvieron un gran convite  
de pasteles y empanadas,  
brindando muy á menudo,  
mas ella no lo gustaba.  
Los dos perdieron las fuerzas,  
y como el sueño les llama,  
se retiraron á un cuarto,  
y á las dos de la mañana  
tiraron pieza de leva,  
y á los dos les escusaba  
del viage, pues murieron  
á los filos de una daga.

Cargó con cuanto tenían,  
y á favor del viento marcha.  
Llegó á dar vista gozosa  
al puerto que deseaba,  
con novecientos doblones,  
y mucha moneda en plata.  
Paseábase gustosa,  
comia y se regalaba:  
siempre con los militares  
era toda su morada;  
y estando sentada un dia,  
conoció un Cabo de escuadra  
del tercio de su querido.  
Llegó, y trabando palabras,  
razones traen razones,  
con que conoció la dama  
que no era causa Don Carlos  
de todo lo que le pasa.  
Correspondió agradecida,  
que allí tiene su posada,  
que en cuanto se le ofreciere  
por él sacará la cara.  
Al otro dia siguiente  
se compró una rica gala,  
un colete de ante fino,  
y una rica espada y daga:  
se fue con otros amigos  
donde está el cuerpo de guardia.  
De que el Capitan la vido,  
á sus Oficiales manda,  
que le llamen aquel mozo,  
porque mucho le agradaba.  
Preguntó si era español;  
y ella cortesana le habla,  
que desde su nacimiento  
noble español se llamaba.  
Con súplicas y dineros  
al instante sentó plaza:  
en un meson la alojaron  
con su patente firmada;  
y estando comiendo juntos  
conoció algunas alhajas,  
y el huésped le dijo: amigo,  
tambien yo he estado en España,  
en Alicante, en Valencia,  
en Castilla y en Navarra.  
Y una noche en Zaragoza  
por cierta calle pasaba

á caballo en una yegua,  
cuando por una ventana  
de secreto me llamaron,  
y en un cofre me arrojaron  
cuanta riqueza poseo,  
y tambien compré esta casa.  
Disimuló cuanto pudo,  
y así que en claro lo saca,  
con una daga furiosa  
le abrió tres puertas al alma.  
A las voces y al ruido  
acudió el mozo de casa  
para quererla agarrar;  
pero de una puñalada  
le pagó con el acero  
la codicia que llevaba.  
Vino toda la justicia,  
y rindiendo ella las armas,  
la metieron en la cárcel,  
y sustanciada la causa  
la sentencian á que muera.  
Y un mártes por la mañana  
la sacaron de la cárcel  
con mucha gente en compañía,  
y una Compañía entera  
de Soldados en su guarda.  
Y cercana ya al suplicio,  
á un Religioso le encarga  
que le llamase á Don Cárlos,  
Capitan de aquella escuadra.  
Vino, y le dijo: Don Cárlos,  
mal vuestra nobleza paga  
todas aquellas finezas  
que en Zaragoza apreciaba.  
Y él respondió: hermano mio,  
mire el puesto en que se halla,  
repare que vá á morir.  
Pues, señor, vos sois la causa.  
Replicóle: de qué suerte?  
Señor, yo lo digo y basta.  
No recordais los favores,  
las penas, fatigas y ansias  
que por mí habeis padecido?  
Quién os dió aquesa esmeralda  
que llevais en ese dedo?  
Con quién tan dulces palabras,

con quién tan tiernos requiebros,  
con quién quedó efectuada  
palabra de casamiento?  
Aqui está la desdichada  
de Doña Juana Merino,  
en quien vos idolatrabais.  
Siquiera por ser muger,  
hoy vuestro auxilio me valga,  
que ya conoceis el tronco  
de mi noble sangre y casa,  
y si no bastan razones,  
aqui me teneis postrada.  
Vertiendo mares de perlas  
sus ojos manifestaba:  
arrojóse y abrazóla;  
y á la Compañía manda  
que pusiesen bala en boca,  
y en un convento la entraba,  
ofreciendo su cabeza  
por librar aquella dama.  
Escribieron á sus padres,  
y con testigos aclaran  
las razones que mediaron  
con el huesped de la casa:  
embargaron cuanto habia,  
prendas, joyas y la casa.  
Vino su padre y su tio  
para llevarla á su patria;  
mas ella firme responde:  
que su intento es ser casada  
con el Capitan Don Cárlos,  
pues que tanto le costaba.  
Gustoso el Señor Obispo,  
mandó que los desposaran:  
y con fiestas y torneos  
las bodas se celebraban.  
Nuestro Rey que supo esto,  
á Don Cárlos adelanta  
para Maestro de Campo,  
porque le estimó la hazafia.  
Escarmienten las mugeres,  
reparen en Doña Juana,  
que anduvo rodando el mundo  
con su honra acrisolada,  
hasta que la dejó en manos  
de quien tanto deseaba.

F I N.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, núm. 18.